

SOBRE LOS LÍMITES DE “EL CAPITAL”.

Tuve una muy determinada intención al remitirte los escritos de temática en apariencia dispar que contenía mi anterior envío, esta intención era la de mostrar un panorama amplio que situara nuestro debate en la mayor cercanía posible respecto a las coordenadas históricas que vertebran nuestra actualidad. En otros términos, de forma expresa quería sacar la discusión teórica en torno a “El Capital” de su foco más estrecho, del puro estudio hermenéutico o interpretativo del mismo, para colocarla en el contexto donde creo que debe estar: **el de los grandes problemas que acucian hoy en día a la humanidad y su relación con la aportación de Marx, en cuanto a evaluar la capacidad de ésta para iluminarnos en el análisis concreto y en las posibles soluciones superadoras de aquellos.** Estarás de acuerdo que, al fin y al cabo, a lo largo de “El Capital” late la voluntad de aportar una visión crítica de la sociedad que abra el camino a su transformación revolucionaria, por tanto, es congruente juzgar la actualidad y alcance de su teoría bajo este mismo prisma. **Deberá, pues, ser el enfrentamiento con los dilemas contemporáneos, y no las virtudes lógico-formales del texto, lo que integren el eje valorativo de la aportación marxiana, el espejo de contraste de su grado de validez.** Sin embargo, tu respuesta ha sido, al menos en apariencia, la de reconducir la cuestión al coto cerrado y abstracto de las categorías lógicas y su encadenamiento tal y como están contenidas en El Capital. En mi opinión, has seguido una estrategia evasiva que no afronta de modo directo prácticamente ninguna de las cuestiones de calado que planteaba en mis escritos, te limitas, en el mejor de los casos, a tocarlas de modo tangencial, para luego descartarlas como irrelevantes para la cuestión que se trata. Una estrategia que obvia o minimiza cuestiones de tal envergadura no puede ser un buen camino para revitalizar el pensamiento marxista, si es que ésta es la intención. A la luz de tu escrito, te paso a sintetizar **los puntos críticos con El Capital** que contenían mi anterior mensaje, y a los que creo no has dado respuesta, añadiendo algunas notas al hilo de tus comentarios.

1. El Capital presenta, desde el punto de vista de la metodología de la ciencia, el grave problema de **su difícil contrastabilidad**, el cual ha lastrado gravemente su desarrollo teórico y aplicación empírica.
2. La teoría económica marxista tiene en la actualidad una **situación de marginalidad** en el conjunto del pensamiento económico contemporáneo, que no se justifica por la falta de esfuerzo y recursos humanos aplicados en su desarrollo, que han sido cuantiosos, sino por **su incapacidad analítica para explicar de forma solvente buena parte de los fenómenos económicos y sociales de nuestros días.**
3. **La teoría económica de raíz neoclásica** (o, si se quiere, de inspiración utilitarista) mantiene un dominio sólido e indiscutible en el pensamiento económico actual, ha demostrado una versatilidad que sus críticos fueron incapaces de intuir y se está sabiendo enriquecer de aportes provenientes de escuelas más heterodoxas. Con todas sus distorsiones ideológicas, **hay pocas dudas de su superioridad, en términos científicos de robustez teórica y contrastabilidad empírica, respecto a la teoría marxista.**
4. La teoría económica marxista **no está pertrechada analíticamente, al día de hoy, para abordar los problemas medioambientales** que establecen un condicionante trascendental al desarrollo económico del mundo actual. Subyacen aquí problemas valorativos que poco tienen que ver con la teoría del valor-trabajo, y mucho con el concepto físico-social de sistema ecológico, el cual es ajeno a la obra de Marx.

5. La teoría económica marxista ha demostrado unas **limitaciones analíticas considerables frente al estudio de los problemas ligados al bienestar social e individual**. La remisión a un segundo y subordinado plano de relevancia teórica del individuo y sus necesidades lo ha incapacitado a este respecto de forma determinante. De ello se derivan, en buena medida, **los importantes agujeros en el sistema de valores éticos del marxismo**, que ha imposibilitado la construcción de un sistema normativo que orientara con eficacia las prácticas políticas, sociales y económicas.
6. La teoría económica marxista **ha ignorado casi por completo el papel social y económico de los mecanismos de decisión colectiva**, y su lugar central a la hora de explicar el desarrollo económico y el bienestar social. **El menosprecio a los sistemas democráticos** se rastrea en los mismísimos textos de Marx, y la relevante función cumplida en el crecimiento económico y del bienestar de las poblaciones por las instituciones públicas y cívicas de carácter democrático, aunque no ausente, está sesgado y devaluado en su obra, como demuestran con claridad los hallazgos de la historiografía económica más reciente.
7. **El fracaso de las sociedades de economía centralizada** y la catástrofe humanitaria que supusieron estos experimentos comunistas no pueden ser separables del contenido de la obra de Marx, puesto que ésta constituyó, junto con la de Lenin, **su principal fuente de inspiración política y económica**.
8. **La incapacidad de la teoría marxista**, en su estado de postración y parálisis actual, **de ser una auténtica guía constructiva para la acción política, cívica o sindical** en un mundo desbordado por la complejidad y la velocidad de los cambios. Gravita en dicha incapacidad la que podríamos denominar orientación ontológica de la teoría marxista hacia **una concepción fatalista** de la lucha de clases, donde no cabe sino el todo o la nada, donde el juego es de suma cero, es decir, siempre y necesariamente unos ganan y otros pierden.

Comentarios adicionales a los puntos críticos:

- a. **Del supuesto carácter científico de “El Capital” (I)**. Una de las cuestiones centrales, aparte de las imprecisiones que se derivan de la generalidad del modelo teórico, que ejemplifican la dificultad inherente a El Capital desde la perspectiva de la metodología científica, es **el carácter “no observable” que adopta la categoría “valor” y la incompletitud del método de transformación de dichos valores en datos observables**. La principal demostración de que ese tránsito no se ha resuelto satisfactoriamente es la práctica inexistencia de estudios económicos marxistas que, al margen del propio El Capital y las diversas glosas sobre el mismo, plasmen con nitidez el potencial analítico de la teoría del valor de Marx siguiendo estrictamente las líneas de su formulación originaria. Ello propicia el que surjan las diversas acusaciones de bastardía o revisionismo, que periódicamente han lanzado los erigidos como defensores del purismo contra aquellos otros que han intentado ensanchar el campo de análisis de Marx, a efectos de incorporar las nuevas formas del desarrollo del capitalismo no contempladas ni explicadas en El Capital. La mayoría de los marxistas innovadores no han tenido más remedio que complementar el enfoque marxista original con nuevas perspectivas que orillarían las limitaciones contenidas en los textos fundacionales, de ahí que, según algunos, tendríamos que Kautsky fue un reformista traidor a las esencias, Sweezy un neokeynesiano, Dobb un

neoricardiano, Mandel demasiado descriptivo y, así, sucesivamente. Pero el caso es que “los puristas” de distinto pelaje, desde la escolástica soviética o china, hasta autores más interesantes como Mattick, **apenas han hecho una contribución digna de mención** que acrecentara el cuerpo de conocimientos marxianos. (Desai, M., 1973; Kühne, K, 1977, 1979; Bose, A., 1976; Mattick, P., 1975, 1977; Beramendi, J. G., Fioravanti, E., 1974).

- b. **Del supuesto carácter científico de “El Capital” (II).** Como ejemplificación de lo dicho, es oportuna la referencia que efectúas en tu carta al proceso de transformación de la mercancía en dinero. Y mi pregunta frontal es la siguiente ¿dónde está **la teoría monetaria marxista**, aquella que proporcione cabal explicación desde los postulados de Marx a los fenómenos monetarios de nuestros días, tales como la inflación, o el funcionamiento actual de los mercados financieros?. Y, ahora, te respondo: en ningún lado, no existe. Por lo menos, una que merezca tal nombre y que esté a la altura del complejo y formalizado cuerpo de conocimientos que compone la teoría monetaria convencional. Ha habido intentos de construirla, caso de la obra de Suzanne de Brunhoff (Brunhoff, S., 1973, 1975, 1976, 1978), pero no han fructificado en algo sólido y que haya resistido el paso del tiempo. De poco me sirve una teoría del dinero, por muy fascinante que sea el despliegue lógico y argumentativo en que se sustenta (y Marx resulta muchas veces fascinante) si no es capaz de darme una explicación atinada de una realidad tan característica, cotidiana y de honda repercusión económica como es la inflación. Algo similar ha ocurrido con **la teoría del comercio internacional y la teoría del desarrollo**, aunque en este caso sí han habido numerosos intentos serios de construir teorías alternativas por el lado marxista (la teoría del imperialismo, la teoría del intercambio desigual, la teoría de la dependencia, la teoría del capital monopolista internacional), de nuevo el paso del tiempo (en el sentido estricto del acontecer de hechos históricos, y no sólo en el de la evolución del pensamiento económico: por ejemplo, países con similar pasado colonial y condiciones iniciales parecidas cuentan hoy en día con niveles muy dispares de desarrollo económico, político y social) no ha jugado a favor de estas propuestas teóricas, y las necesidades prácticas y operativas de la gestión del comercio internacional y del desarrollo (que consisten en identificar con precisión los factores que bloquean el crecimiento económico y del bienestar y diseñar políticas viables que conlleven su superación) han terminado por arrimarlas en favor del uso de un aparato teórico e instrumental de bases más ortodoxas (lo cual, habría que advertir, no significa negar las relaciones externas de poder abusivas o de explotación que se han dado históricamente, sino situarlas en el adecuado contexto, puesto que por sí mismas no pueden explicar todos los problemas de desarrollo que enfrentan los países más pobres) (Bustelo, P., 1998). Se puede hacer una **significativa lista de formas económicas modernas**, que por otro lado caracterizan específicamente a los tiempos que vivimos, para las que Marx, o no tiene explicación, en buena medida, porque no existían en su tiempo, o su aparato teórico resulta inadecuado para desentrañar su funcionamiento: la particular función del poderoso cambio tecnológico que vienen experimentando las economías contemporáneas; la relevancia productiva del trabajo intelectual, de los llamados trabajadores del conocimiento, en los actuales estadios del desarrollo económico; la preponderancia del conjunto heterogéneo de actividades englobadas en el llamado sector servicios y la vertiginosa disminución en importancia del sector industrial tradicional; el desarrollo del estado del bienestar y el consenso social en que se ha

sustentado; el peso mayoritario de las clases medias acomodadas en las sociedades desarrolladas; etc.

c. **De Maurice Dobb y la evolución del pensamiento económico**

marxista. El juicio que emites sobre Maurice Dobb es de una total injusticia y estimo que absolutamente erróneo. Las valoraciones, en ocasiones viscerales, que haces sólo las puedo entender como producto del desconocimiento de la obra y vida de Dobb, así como, de una visión muy superficial de la teoría económica en general y de la evolución del pensamiento marxista en particular. Cuando hablas con desdén de **los marxistas europeos** y su falta de sentido práctico, realmente, no sé a que te refieres. En primer lugar, el pensamiento marxista es eminentemente europeo, las aportaciones teóricas significativas desde fuera de las fronteras europeas son escasísimas (un Paul M. Sweezy y un Paul A. Baran, americanos, un Shigeto Tsuru, japonés, y pocos más). En segundo término, el club marxista europeo es tremendamente variado, con tendencias de postulados teóricos claramente distintivos, la escuela inglesa que impulsara Dobb, y siguieran Hobsbawn y otros, la francesa con los estructuralistas marxistas y la última escuela de la regulación de Godelier, Palloix, Aglietta, etc., la centroeuropea con Hilferding, Luxemburgo, Korsch, Mattick y demás, la italiana en la senda de Gramsci y Togliatti, con Napoleoni, Cerroni y Longo, la escuela troskista con Mandel, Deutscher y seguidores, la del socialismo de mercado abierta por Oskar Lange, etc. Y, por último, lo de su falta de sentido práctico, resulta una acusación que llega a ser en cierto modo hasta dolorosa, si tenemos en cuenta que muchos de estos pensadores han llevado su compromiso con el movimiento obrero hasta sus últimas consecuencias personales (el caso más notorio es, por supuesto, el de Rosa Luxemburgo). A este respecto, **Maurice Dobb** fue no sólo un respetado y eminente intelectual, sino un hombre comprometido con las causas sociales que le tocó vivir, su obra se compone tanto de estudios de carácter científico y académico, como de una amplia producción divulgativa y periodística que expresaba su estrecha vinculación a los problemas inmediatos y prácticos del movimiento obrero, de los países en vías de desarrollo y de la construcción del socialismo. Una obra de Dobb, por escoger una entre muchas, como la titulada “Salarios” (Dobb, M. 1941) supone una buena aproximación al funcionamiento del mercado laboral en la primera mitad del siglo XX desde postulados marxistas, actualiza de forma exhaustiva el análisis de Marx y lo hace de un modo didáctico y de utilidad para el mundo sindical. Discípulos y adversarios en el debate científico e ideológico hablan siempre de su estatura moral e intelectual, de que supo dialogar con otras escuelas de pensamiento económico y reconocer la valía de aportaciones teóricas al margen del marxismo, sin por ello alterar los fundamentos marxistas de su posición. Nunca renunció a la teoría del valor-trabajo de Marx, la consideraba esencial en la construcción de una completa teoría económica a fin de desvelar la verdadera naturaleza social de las relaciones económicas y denunció siempre las insuficiencias que conllevaba el prescindir de la misma, sin embargo, apreció la contribución neoricardiana de Sraffa e, incluso, valoró ciertas virtudes en la teoría de la utilidad dentro del ámbito de la teoría de la formación de los precios. ¿Demasiado conciliador para los puristas?, ¿un hereje del eclecticismo?, ¿cómo se atrevió a tender puentes teóricos con la otra orilla, no se estaba acaso contaminando de mistificado “pensamiento burgués” con sólo intentarlo?. Sin embargo, Dobb cristaliza el espíritu del rigor, del debate abierto y transparente, alejado de inamovibles posiciones doctrinarias, que caracteriza a la verdadera práctica científica. **Lo que no es científico es el atrincherarse en la**

exégesis interpretativa de textos con siglo y medio de antigüedad, desechando a partir de unas pocas claves conceptuales cuerpos maduros y evolucionados de conocimiento que no entran por ese estrecho ojo de aguja, todo ello, sin haber evaluado con profundidad estas teorías a partir de su detallado estudio y manejo. Esta postura defensiva resulta muy cómoda y confortable ideológicamente, pero, desde luego, nada científica. Si nos situamos en perspectiva desde un campo paralelo, como es el de la historia de la evolución del pensamiento científico en los dos últimos siglos en el terreno de la Física y la Biología, podemos hacernos una idea de cuán desatinadas y estériles son las posturas que se asientan en un fundamentalismo teórico del tipo que sea. En cuanto a la otra crítica que realizas de naturaleza más bien metodológica, debo decirte, que no cabe ni una sombra de duda en cuanto a que el Sr. Dobb pudiera confundir **determinación histórica con análisis lógico.** Se trata de una distinción demasiado básica para un reputado economista de profesión, puesto que buena parte de su entrenamiento profesional va orientado a tener clara esa diferenciación: la construcción de cualquier modelo económico requiere esencialmente de un fuerte armazón formal y lógico que lo haga operativo y esto poco tiene que ver, en sí mismo, con el análisis del devenir histórico. Dobb aunó dos facetas que supo mantener dentro de sus propias fronteras, la de teórico de la economía, donde despiezaba o montaba modelos económicos, y la de historiador de la economía, donde fue el impulsor de la historiografía marxista inglesa que tan buenos historiadores ha proporcionado (Hobsbawn, Anderson, ...). Tampoco es certera la crítica relativa a que no tenía presente **el papel de la abstracción** y de sus distintos escalones al momento de la construcción teórica. Son varios los textos de Dobb donde esto resulta palpable (Dobb, M. 1973, 1975), además de ser un tema amplia y expresamente tratado por otros autores marxistas, así, por ejemplo, fueron en su día muy conocidas las páginas que a la abstracción dedicaba tu denostado Paul M. Sweezy en el inicio de su “Teoría del Desarrollo del Capitalismo” (Sweezy, P.M., 1945). **Lo que sí resulta cuestionable, desde el punto de vista científico, es el método heurístico de una suerte de eterno retorno a las fuentes en busca de una verdad perdida que los demás no han sabido entresacar.** Al final, todos equivocados menos uno mismo, o unos pocos, ¿pero es que hay alguien que se salve de la quema?.

- d. **De la formación y las estrategias sindicales.** Se me presentan muchas dudas en cuanto a la efectividad que para los sindicalistas supone conocer las esencias de la “Contribución a la Crítica de la Economía Política” de Carlos Marx. En todo caso, no lo colocaría, ni de lejos, en un primer orden de prioridades dentro de un programa formativo dirigido a sindicalistas. La razón de ello deriva del hecho de que no es tarea fácil establecer con precisión y sin ambigüedades los beneficios que la reflexión sobre este ensayo reportarían a la elaboración de estrategias sindicales concretas en el mundo de hoy. **El nivel de análisis de la “Contribución” es tan abstracto y contiene tan pocas referencias específicas a la realidad que nos circunda, que resulta una tarea harto difícil el traducirlo a prácticas sindicales pegadas al terreno.** Sería, de hecho, un verdadero ejercicio para nota, demasiado distante de la inmediatez de los problemas en los que se desenvuelve la actividad sindical. Discutamos, para ilustrarlo, un caso concreto. Cuando, no hace mucho, un amigo delegado sindical en una conocida firma de las Islas (Kalise para más señas) me comentaba la tesitura en que se encontraba su empresa, en negociaciones para una posible compra por parte de una multinacional de mayor

tamaño, lo último que se me ocurrió fue castigarlo con una disertación sobre el fetichismo de la mercancía, o sobre cómo se crea el plusvalor en una empresa capitalista, eso no le hubiera ayudado en lo más mínimo con relación a los movimientos tácticos y estratégicos que tenía que adoptar para responder a esa específica coyuntura. En cambio, de lo que hablamos fue de otra cosa, entre ellas, algunas de las que relato a continuación.

- **Objetivos de la política sindical** (en una coyuntura de absorción o fusión de empresas): es el primer paso a clarificar, puesto que condiciona cualquier curso de acción. Podría haber objetivos mínimos, como el del mantenimiento de puestos de trabajo y la participación directa en la negociación entre las empresas, al menos, en sus estadios más decisivos; y objetivos máximos, como el derecho al seguimiento continuo y pormenorizado de las negociaciones, la consecución de mejoras salariales y de aceptables jubilaciones anticipadas, la intervención en los programas de reestructuración, la participación de los trabajadores en los beneficios o la presencia de representación laboral en el Consejo de Administración. *Pero la factibilidad de estos objetivos hay que calibrarla a la luz del entorno externo en que se mueve la empresa y de las características de su situación interna. Lo que se persigue como resultado final de un análisis de política sindical es **determinar los márgenes de negociación efectivos** de que se dispone para la consecución de los diferentes objetivos. Y estos objetivos han de asentarse, necesariamente, en las expectativas y necesidades de los trabajadores asalariados representados, de modo que tengan capacidad para aglutinarlos y ganar su credibilidad. En suma, se trata de **calibrar la correlación de fuerzas** que afecta a la representación sindical en una coyuntura de este tipo, lo cual determina lo que es posible y lo que es pura y peligrosa especulación.*
- **Entorno general del sector:** habría que conocer las particularidades de los procesos de absorción y fusión que con anterioridad se han dado en el sector, en este caso, de la industria alimentaria, separando los fines que se persiguen con estas operaciones, sean éstos de mejora de márgenes de rentabilidad, de consecución de posiciones de dominio de mercado, u otros, de las estrategias empleadas por las empresas antes y después de culminar la transacción, referidas a planes de reducción de costes y aumento de la liquidez, inversiones en automatización de la producción, sistemas de subcontrataciones externas, políticas financieras generales y en los mercados de valores, etc.
- **Entorno de mercado local:** habría luego que descender del análisis amplio de la situación sectorial a la de la empresa en cuestión, esto es, su situación y expectativas dentro del mercado canario, la cuota de mercado que ostenta, la vulnerabilidad frente a la competencia, la penetración de

mercado por lo que respecta a la extensión y fortaleza del sistema de distribución, el conocimiento de la marca por los consumidores, etc.

- **Entorno interno de la organización:** el clima laboral, la calidad e ideosincracia del equipo directivo y de los propietarios, el fraccionamiento entre los intereses de los distintos grupos de trabajadores, el grado de división de las fuerzas sindicales, su ascendencia sobre la plantilla, los problemas de gestión en los distintos ámbitos organizativos, la situación de liquidez y solvencia empresarial, etc.
- **Entorno legal y político:** hay que valorar en todos sus términos la legislación laboral, e incluso la mercantil, aplicable a esta clase de situaciones, con la finalidad de identificar los elementos de apoyo y aquellos que pueden resultar adversos; asimismo, habría que detectar las posibilidades de proyección y repercusión social de un posible conflicto laboral (receptividad de los medios de comunicación, sensibilidad de las instancias políticas, etc.).

La ignorancia, o ausencia de adecuada evaluación, por parte de los sindicatos de este tipo de cuestiones en tales situaciones conduce habitualmente a políticas inadecuadas, donde o bien el proceso negociador es manipulado a su antojo por la parte empresarial, que, al fin y al cabo, cuenta siempre con una gran ventaja informativa y de influencia, o bien, se desemboca en una lucha sin cuartel con resultados desastrosos y ganancias pírricas, si es que las hay. Sólo en empresas con gran capacidad de influencia política y social, empresas públicas de plantilla numerosa y actividades con fuerte impacto social y regional, pueden los sindicatos contar con una situación ventajosa de partida, que pueda transformarse, por ejemplo, en generosos planes de jubilación anticipada y fuertes garantías de estabilidad en el empleo para el resto de la plantilla. Esta falta de conocimiento se suele revestir en el mundo sindical con una visión simplista y maniquea de las relaciones laborales, disimulada con un cierto barniz de análisis marxista, que cuando no predomina una entrega honesta a la lucha sindical, las más de las veces enmascara la demagogia de los oportunistas que pululan en los aparatos sindicales y que sólo esperan rellenar sus propios bolsillos. Hay un problema de extrema trascendencia **en las organizaciones sindicales españolas** que atañe al bajo nivel cualitativo de formación de sus cuadros y dirigentes, y que se añade a los también conocidos de la poca democracia interna, del bajo nivel de afiliación, de la fuerte dependencia de las ayudas públicas, que han dado lugar a numerosas corruptelas, y de las prácticas sindicales bochornosas que suelen abundar en las organizaciones del sector público. Que los trabajadores dispongan de forma general de **una información realista y fehaciente** de la situación a que se enfrentan y de sus posibles salidas es la mejor garantía en contra de las manipulaciones de distinto signo. Para lograrlo, nos viene mejor manejar algunos rudimentos de **Economía Industrial** (rama de la economía que estudia los comportamientos seguidos por las empresas en los distintos tipos de mercado) (Bueno Campos y Morcillo Ortega, 1993), de la **Teoría de Juegos** (herramienta formal de análisis de situaciones donde caben distintas estrategias de actuación por los actores intervinientes y, en consecuencia, diferentes

resultados finales probables) (Davis, M. D., 1986) y de **técnicas de negociación** (para saber utilizar con provecho las bazas y las debilidades en un proceso negociador, donde el escalonamiento de estos factores y las interacciones personales y de grupo pueden resultar de gran importancia) (Bazerman, M. M. y Neale, M. A., 1993), que meterse en un estudio de los fundamentos abstractos del modelo de Marx o, si este fuera el caso, del modelo de equilibrio general propuesto por la economía neoclásica. Simplemente, no creo que sea éste el nivel de estudio que responda a las necesidades urgentes y perentorias de la práctica sindical. Es importante destacar que estas herramientas teóricas, formales y prácticas, respectivamente, de la Economía Industrial, la Teoría de Juegos o las técnicas de negociación, son utilizadas con asiduidad por los estrategas empresariales, pero, sin embargo, **no hay ningún sesgo inherente en las mismas que impida su uso desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores. Lo relevante es el enfoque con que se orienta la aplicación de herramientas que han demostrado una contrastada eficacia en la práctica** (de lo contrario, los equipos directivos empresariales, por la cuenta que les trae, ten por seguro que no las emplearían). **Lo significativo son, pues, los valores**, sobre todo, éticos y morales, que inspiran la utilización de tal o cual herramienta teórica o técnica de eficacia probada. Si hay alguna intransigencia que merezca nuestro aprecio, entiendo, ésta debe ser la de la adhesión a determinados valores humanistas que se vinculan a la dignidad de los individuos, ya que las teorías con pretensión de cientificidad, por el contrario, pueden y deben alterarse porque este es el sino de la evolución del conocimiento, inmerso en una perpetua y saludable mutación donde mejores concepciones desplazan a otras más deficientes o incompletas. Y a esto último, desde luego, no hay que tenerle miedo.

- e. **Del fracaso de las economías de planificación centralizada.** Es evidente que Marx no tuvo intención de proporcionar a través de “El Capital” herramientas de gestión para una economía socializada, y él mismo lo dejó sentado en alguna ocasión. Pero de ahí a excusar a su contribución teórica e ideológica de lo que sucedió posteriormente a su muerte, pero bajo su indiscutible ascendiente, va un trecho demasiado largo. El análisis para valorar esta influencia debe ser obligadamente global, pero podríamos empezar restringiéndonos al plano de la gestión pública de la economía. Si efectuamos un recorrido por **la génesis y posterior evolución de los métodos de planificación centralizada** podemos constatar el lugar privilegiado que como marco de referencia tenía el modelo económico planteado por Marx en “El Capital”. Hubo para ello, en primer lugar, una razón obvia, Rusia era un país predominantemente rural, el tránsito al socialismo arrancaba entonces desde unas condiciones muy precarias. A partir de aquí, las grandes preguntas que se planteaban eran: ¿se puede acortar el camino a sociedad comunista del futuro? y, en caso afirmativo, ¿cómo realizar la acumulación económica imprescindible para lograrlo?. El análisis de Marx de la acumulación capitalista devenía, en consecuencia, una referencia esencial (Preobrazhenski y Bujarin, 1971; Preobrazhenski y otros, 1972; Preobrazhenski, Bujarin, Trotsky y otros, 1972). Además, en segundo término, había otras cuestiones a resolver de vital trascendencia, ¿cómo, con qué criterios, fijar los precios y las cantidades a producir?, puesto que, al fin y al cabo, en una economía que seguía estando monetizada, sobre todo, los precios continuaban siendo centrales para la coordinación y regulación del sistema económico. Estos interrogantes nunca

tuvieron unas respuestas satisfactorias en el terreno teórico y, menos aún, en el práctico. Las técnicas para la fijación de precios y cantidades de producción buscaron inspiración en sus inicios en la teoría del valor-trabajo, ¿dónde si no podrían buscarla?, pero con el tiempo derivaron, paradoja de paradoja, en revolver en los arsenales de la economía neoclásica para la puesta a punto de instrumentos más afinados (Horvat, B., 1970; Bettelheim, C., 1974). Además, y como apostilla adicional relacionada con la supuesta “suspensión de las relaciones mercantiles-monetarias”, hay que decir que los planificadores asumían habitualmente que las relaciones económicas planificadas no podían cubrirlo todo, al fin y al cabo la planificación obedecía a una situación de transición entre sistemas económicos, es decir, subsistían ámbitos donde imperaban las relaciones mercantiles, aunque fueran considerados actividades económicas de segundo orden, y esto marcaría la pervivencia de precios que respondían a la ley del valor. Como dato que va más allá de lo anecdótico, no hay que olvidar la pujanza creciente de la economía sumergida en los países de planificación centralizada, que algunas estimaciones asignaban una importante proporción de la economía de esos países, y otros le imputan un papel relevante en la caída de los regímenes comunistas. En otro orden de cosas, sostener que los soviéticos y los chinos eran poco menos que ignorantes en lo que a la teoría del valor de Marx se refiere, parece una opinión, bajo cierto punto de vista, más bien grotesca (Academia de las Ciencias de la URSS, 1975). ¿Es que a ese respecto nadie sabía nada de nada?. ¿Dónde encajar, entonces, a los grandes sistemas públicos de enseñanza general y universitaria, a los múltiples centros de edición, documentación e investigación, a las mastodónticas organizaciones partidarias, a las amplias áreas de la administración pública, todas ellas dedicadas a la difusión y producción del pensamiento marxista?. No es de recibo despachar la cosa diciendo que el problema fue de interpretación, que la inspiración fue unilateral. **Creo que lo que hay que hacer es no irse por la tangente y coger por los cuernos el problema más gordo del marxismo de nuestros tiempos: digerir y explicar sin tapujos, enfrentando la cruda realidad, a partir de las teorías y prácticas del movimiento comunista, la barbarie y el desastre que a todos los efectos supusieron los experimentos comunistas.** No está de más recordar a este respecto cómo está sobreviviendo el principal régimen comunista de nuestros días, la República Popular China, y además consiguiendo tasas sin precedentes en su historia de crecimiento económico y del bienestar: a golpe de mercado, muy lastrado y controlado por la jerarquía del Partido, pero a golpe de mercado. **El caso es que hay pocas dudas que la obra de Marx y la de Lenin fueron las fuentes principales de inspiración para las experiencias del llamado socialismo real, y respecto a ello no caben distinciones escolásticas, porque dichas experiencias no tenían otro sustento teórico e ideológico.** Que las circunstancias prácticas e institucionales alteren el estricto sentido inicial de ciertas aportaciones teóricas es algo inevitable cuando éstas pretenden una proyección política poderosa y de largo alcance histórico. Pero **la facilidad con que puede tergiversarse o malinterpretarse una teoría es producto también, y en buena medida, de sus propias debilidades,** de sus ambigüedades, de su excesiva generalidad y abstracción, de su incompletitud y desmesurada ambición. O sea, a cada cual lo suyo. Y no cabe escudarse en que para entender a Marx hay que estudiar antes lógica y fenomenología, pues, mala cosa, me temo, para el vapuleado movimiento obrero, al que se dirigía Marx, que casi siempre creyó que el asunto era más pedestre y obvio.

f. **Del pensamiento crítico al pensamiento constructivo.** No quisiera acabar sin hacer una muy ligera reflexión de carácter general sobre determinadas formas del conocimiento, que considero importante en cuanto posibilita señalar ciertas rémoras muy características del pensamiento tradicional de izquierda. El análisis crítico (en el ámbito, sobre todo, de la política y las ciencias sociales) tiene una función nada menospreciable, entre otras, nos permite desenmascarar supuestas convenciones o verdades aceptadas que no se ajustan a la realidad. Pero el pensamiento crítico se articula normalmente sobre el discurso desarrollado por otros, es decir, disecciona lo que han hecho o dicho otros para ponerlo en cuestión. Por tanto, es escasamente propositivo o, en términos coloquiales, se moja muy poco. Y ello tiene aún mayor trascendencia si tenemos en cuenta que **una crítica fundada no necesariamente nos habilita a concebir alternativas viables al discurso que ha sido objeto de escrutinio.** Las actitudes de suficiencia que se perciben en personas de izquierda, que se sienten arropadas por una bagaje crítico demoledor, vienen, la mayoría de las veces, acompañadas con la esterilidad a la hora de proponer nuevas ideas e iniciativas. Un mundo de complejidad creciente, y de una velocidad de cambio vertiginosa, como en el que vivimos, tiene necesidad en mucha mayor medida de la creación de valores, ideas y proyectos novedosos, que de la complacencia que suele venir asociada a una actitud crítica con sus derivaciones destructivas o puramente contemplativas (Castells, M. 1997). Lo más difícil de producir es el pensamiento constructivo nuevo, la imaginación aplicada al diseño de respuestas a una realidad cambiante, que aproveche o descubra oportunidades que no se perciben de forma obvia. **Una sociedad mejor es imposible construirla basándose exclusivamente en el pensamiento crítico, y la historia reciente también nos habla de que las nuevas formas de hacer política, de organizar la economía o de mejorar la convivencia, no nacen por generación espontánea a raíz de un golpe de mano por un puñado de iluminados, éstas deben irse gestando poco a poco a través de la experimentación, del método de prueba y error, de la paulatina permeabilización del cuerpo social y económico. En nuestra realidad contemporánea abundan tenebrosos peligros que atañen a la sostenibilidad de nuestro medio ambiente, a los escandalosos abismos en la distribución de la riqueza, a las nefastas concentraciones de poder económico o a una orientación socialmente adversa del desarrollo de las poderosas capacidades tecnológicas, pero ninguna de estas grandes amenazas está predeterminada, su moderación, reconducción o neutralización provendrá eminentemente de la vitalidad cooperativa y de producción de nuevos valores y conocimientos que demuestren los individuos al margen de los grandes poderes establecidos, y para esa empresa el empeño crítico es sólo una de las patas en la que hay que apoyarse, la cual, muchas veces, ni tan siquiera resulta la más decisiva.**

Las Palmas de Gran Canaria a 1 de Julio de 2000.
Jacinto Brito González

Referencias bibliográficas.

- Academia de Ciencias de la URSS, Manual de economía política, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.
- Bazerman, M. H. Y Neale, M. A., Negociación racional en un mundo irracional, Ediciones Paidós, Barcelona, 1993.
- Beramendi, J. G. Y Fioravanti, E., Miseria de la Economía (T. 1 – Del Marxismo Científico al Marxismo Dogmático, T. 2 – En busca del rigor perdido), Ediciones Península, Barcelona, 1974.
- Bettelheim, Charles, La transición a la economía socialista, Editorial Fontanella, Barcelona 1974.
- Bose, A., Economía política marxiana y postmarxiana, Alianza Editorial, Madrid, 1976.
- Brunhoff, Suzanne de, Estado y Capital, Editorial Villalar, Madrid, 1978.
- Brunhoff, Suzanne de, La oferta de moneda, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975.
- Brunhoff, Suzanne de, La política monetaria, Siglo XXI editores, México, 1973.
- Brunhoff, Suzanne de, Teoría marxista de la moneda, Ediciones Roca, México, 1975
- Bueno Campos, E. Y Morcillo Ortega, P., Economía y Organización Industrial, McGraw-Hill, Madrid, 1993.
- Bustelo, Pablo, Teorías contemporáneas del desarrollo económico, Editorial Síntesis, Madrid, 1998.
- Castells, Manuel, La era de la información, Economía, Sociedad y Cultura (V. 1 – La sociedad red, V. 2 – El poder de la identidad, V. 3 – Fin de milenio), Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Davis, Morton D., Introducción a la teoría de juegos, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- Desai, M, Lecciones de Teoría Económica Marxista, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973. (Hace un repaso muy claro y sucinto, pero con rigor, de la evolución de la teoría económica de El Capital y los distintos intentos posteriores de mejorar sus imperfecciones e incorporar las nuevas facetas del desarrollo capitalista, siempre desde una perspectiva marxista).
- Dobb, M., Economía Política y Capitalismo, México, 1945.
- Dobb, M., Salarios, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.
- Dobb, M., Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith (Ideología y teoría económica), Siglo XXI de España Editores, 1975.
- Horvat, B., Teoría de la planificación económica, Oikos-Tau Ediciones, Barcelona, 1970.
- Kühne, K., Economía y Marxismo, Ediciones Grijalbo, Barcelona, (cuatro libros)1977, 1977, 1979 y 1979. (Un intento exhaustivo de resumir de forma sistemática y por grandes temas las aportaciones de la economía marxista).
- Mattick, P., Crítica a los neomarxistas, Ediciones Península, Barcelona 1977.
- Mattick, P., Marx y Keynes (Los límites de la economía mixta), Ediciones Era, México, 1975.
- Preobrazhenski y Bujarin, La acumulación socialista, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1971.
- Preobrazhenski y otros, Metodología de la Planificación 1924-1930 (aportaciones soviéticas), Alberto Corazón Editor, Madrid, 1972.
- Preobrazhenski, Bujarin, Trotsky y otros, El debate soviético sobre la ley del valor,

Alberto Corazón Editor, Madrid, 1974.

- Sweezy, P.M., Teoría del Desarrollo Capitalista, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.